

pejo. Sin embargo, no pronunció aún su fallo y se negó rotundamente á hacer ninguna reflexión, no ocultándome que esperaba una carta de sir Ricardo para conocer más á fondo la situación.

### XIII.

Este tiempo de espera se pasó en visitas que tuve que devolver á nuestros amigos, y en paseos á que mi madre y Juana me rogaron las acompañase. Juana, en otro tiempo dedicada por completo á sus estudios, tuvo gusto en salir conmigo, interesándose en todo lo que pudiera distraerme. Al hablar largos ratos con ella me chocó su vasta instrucción. Desde que éramos colegiales no habíamos hablado nunca juntos de ninguna cosa en que pudiera apreciarse el valor de la persona con quien se disente; así es que puedo decir que no la conocía verdaderamente. Juana había vivido siempre en una especie de aislamiento en que la gustaba encerrarse misteriosamente; pero ahora salía de él como la brillante mariposa, desplegando sus alas. La gustaba poetizar sus apreciaciones; pero ella misma se reía de esta tendencia romántica, que le seducía á uno al escucharla; tan bien decía

lo que quería decir. Aquella alma muda que por tanto tiempo sólo había encontrado su única expresión en la música, parecía ahora haber adquirido el don de manifestarse por la palabra. Yo la ocultaba mi sorpresa y mi admiración en el temor de despertar un orgullo que yo mismo sentía al verla, admirando sobre todo la belleza de sus ideas y la aplicación que hacía de sus sentimientos. No se adivinaba en ella á la niña, porque no lo veía todo de color de rosa; pero lo que era negro lo iluminaba con los rayos de su indulgencia y de su piedad. Parecía haber tomado la resolución de extender su amor por todo el mundo y de sacrificarse universalmente, por decirlo así. Juana decía haber leído muy poco. ¿Era, pues, en el éxtasis musical donde había encontrado la revelación de aquellos tesoros de mansedumbre y de aquellos manantiales de amor y caridad?

La admiración y ternura que me inspiraba mi hermana iba creciendo; hablé de esto con mi madre, y empecé á comprender que una mujer como Juana no hubiese encontrado aún nadie que fuese digno de su amor. Hasta mi querido Vianne me parecía ahora sumamente inferior á ella y no me hubiese atrevido á defender su causa.

—Es porque tú no has comprendido nunca á

Juana—me decía mi madre;—yo en cambio la presentía y la adivinaba. Ha sido muy lenta en encontrar su camino, y hasta en la música, que tanto la apasionaba, temía no llegar á ser nada. A la vez ambiciosa y modesta, temía no encontrar su ideal, y tímida, ha dudado mucho tiempo de sí misma, siendo necesaria la admiración de los demás para tranquilizarla; y debo decir que la de sir Ricardo ha concluído por hacerla adquirir por completo la conciencia de su propio mérito. Ha visto que era un juez competente, y desde aquel día ha cerrado su piano como para saborear su victoria. Y no vayas á imaginarte que Juana piensa producirse en público. Escribe sus composiciones sin esperar que nunca vean la luz pública, pues no se editan con entusiasmo más que los nombres célebres, y Juana no lo querrá ser nunca. Es modesta, no desea la riqueza, y nuestra humilde posición le basta; creo que hasta la misma pobreza la sería poco sensible. Todo el problema que desea resolver es encontrar la expresión de los pensamientos musicales que se agitan en su cerebro. Si vuelves á verla como aquellos días en que estaba silenciosa y triste, es que la inspiración lucha en ella. Después, cuando encuentra bajo sus dedos el verdadero sentido de su sueño entusiasta, renace, se anima y es dichosa.

He necesitado mucho tiempo para darme cuenta de todo esto, pero por fin lo he conseguido.

Mi madre se había expresado siempre con mucha facilidad, pero desde que se ocupaba en la educación de Juana era aun más elocuente que antes. Admiré un progreso notable en aquella mujer de cincuenta años, que había adquirido todo lo que había querido que adquiriese su hija.

—¿Cómo te extraña eso?—replicó mi madre;—no es seguramente un milagro hecho con una varita de virtudes. Hace veinte años que tu hermana y yo tratamos de crecer juntas. Tú no lo notabas porque eras muy niño y no podías apreciar que cada día estábamos algo más adelantadas que la víspera. Después has tenido que dedicarte á estudios más serios, y entonces, ocupado de tí solo, como es natural, no has hecho gran caso de nosotras.

—Es posible; y además, como no tenía ninguna experiencia, me faltaba punto de comparación. Ahora, en cambio, al compararme con vosotras, veo que soy un niño en presencia de dos seres superiores; ¡tal vez un niño poco digno de tener tal madre y tal hermana!

—Siempre has sido un niño digno de la más viva ternura y de la más alta estimación—replicó

mi madre;—sólo que en estos últimos tiempos te has extraviado algo. Veremos, veremos; aun no puedo hacer ningún juicio.

Recibí una carta de Vianne, en la que me decía que Manuela estaba bastante tranquila. Mi partida no había provocado la crisis que se temía, pues el señor Brundel había dicho á la enferma que yo estaba muy impaciente por ir á buscar el consentimiento de mi madre, y pensaba llevarse á la joven á Montpellier, donde se detendrían algunos días antes de dirigirse á su nueva residencia. El señor Brundel—decía Vianne—me ha encargado que alquile unas habitaciones en Montpellier, donde piensan venir. De modo que volveré á verlos y podré hablarte de ellos con conocimiento de causa.

También mi madre recibió una carta de sir Ricardo, que no quiso enseñarme; sólo me dijo que la enferma había soportado muy bien el viaje hasta Montpellier, y que se detendrían allí algunos días antes de aproximarse más á nosotros. Sir Ricardo decía haber tranquilizado á Manuela con respecto á mí, *sabiendo bien que era incapaz de faltar á mi palabra.*

A estas cortadas y lacónicas frases añadió mi madre un comentario no menos conciso:

—De modo—me dijo—que ya sabes que sir Ricardo piensa que, en caso de curación, Manuela debe ser tu mujer.

Yo estaba irritado contra sir Ricardo. Respondí que no hacía más que mezclarse en asuntos que no le concernían, puesto que yo estaba resuelto á cumplir mi palabra sin necesidad de que nadie me lo advirtiese, y que me extrañaba mucho que mi madre tuviese necesidad del asentimiento de un extraño para concederme el derecho de cumplir mi deber.

—¿Me censuras?—dijo mi madre con aquella hermosa sonrisa á un tiempo altiva y dulce que la colocaba por encima de todas las sospechas.—Ya verás como más tarde me das la razón. En cuanto ahora, aun no te he dicho nada, y tú eres quien me haces hablar. Te he hecho conocer la opinión del señor Brundel, pero aun no he dado la mía.

—¡Pero la tuya, la tuya es la que pido!

—Pues bien; todo depende de la conducta que observe el señor Brundel. Tengo la certeza de que será soberanamente desinteresada y de que subordinará todas sus resoluciones al estado de salud de Manuela. Has comprometido la existencia de esta joven, y á él le toca juzgar si tu presencia debe perderla ó salvarla. Ten paciencia y espera.

En cuanto á mí estoy resignada á aceptar las consecuencias de tu ligereza, por penosas que me fueran, antes que dejes de hacer lo que nos dicte la conciencia.

Admiré la rectitud y el valor de mi madre, pues no me era difícil conocer lo mucho que la desagradaba mi elección.

Manifesté deseo de ver al señor Brundel sin que lo supiera Manuela, y mi madre no se opuso.

No lo hice, sin embargo, y hasta fuí poco á poco retrasando mis cartas á sir Ricardo, pensando que ya me avisaría él si juzgaba necesario conferenciar conmigo. Sin poderlo remediar experimentaba una extremada repugnancia en reiterar mis promesas.

Mis nervios se iban calmando poco á poco; la tranquila y dulce vida de familia restablecía mi salud, y el fantasma de Manuela se borraba lentamente de mi imaginación como un mal sueño. Me parecía que si la joven consentía de buen grado en mi alejamiento, era sin duda alguna porque prefería los dulces cuidados del señor Brundel á mis violencias. En fin, cada hora transcurrida lejos de ella me parecía aflojar el lazo que nos unía, y no podía menos de pensar con espanto en el momento eventual en que, llamado á su lado, me

viere en la precisión de presenciar las efusiones de afección y de agradecimiento que sir Ricardo había debido inspirar á Manuela. Prefería con mucho hacerme la ilusión de creer que aquellos tiernos cuidados la curarían pronto, y la joven se inclinaria á devolverme mi palabra. Mi orgullo no se sublevaba á la idea de ser suplantado por un hombre más hábil que yo, sino que reconocía haberme portado como un niño y merecer la lección que podían darme.

En este sentido y bajo estas impresiones escribí á mi amigo Vianne reprochándole que no hubiese vuelto á escribir. Recibí de él la siguiente respuesta:

«Puesto que ya estás razonable y puesto que reconoces, más pronto de lo que yo esperaba, la fragilidad de tu amor por la *odalisca*, te hablaré de ella sin temor. La veo todos los días y te aseguro que curará. Ya sabes que nunca he participado de la opinión de los médicos de Marsella sobre la gravedad de su mal. Las afecciones nerviosas tienen el privilegio de simular tan exactamente las demás afecciones orgánicas, que los más hábiles prácticos suelen equivocarse. El caso patológico de la señorita de Pérez es para mí de mucho interés, y como soy el único que ha considerado posible su curación, el señor Brundel me ha ro-

familias inglesas instaladas en Pau se aficionasen á entenderse conmigo y me recomendasen fácilmente las unas á las otras. Expresé á mi madre mi deseo de no separarme de su lado, lo cual fué para ella una gran alegría.

—Ganarás poco al principio—me dijo;—pero aun así viviremos muy bien, porque ya sabes que somos económicas, y veo que tú no tienes más necesidades ni caprichos que nosotras. Sí, sí, quédate á nuestro lado, y verás qué feliz eres.

—Y además—añadió mi hermana Juana—nos harás felices á nosotras.

—He ahí—respondí—una palabra que me decidiría si estuviese incierto.

Maduré, pues, en mi imaginación la ruptura de mis relaciones medicales con sir Ricardo, aun previendo que contra toda probabilidad tuviese que llegar á ser el esposo de Manuela.

Tres meses transcurrieron así en la espera de una solución. El señor Brundel seguía en Montpellier, escribiendo á menudo á mi madre; decía que la salud de Manuela iba mejorando notablemente. Por lo demás, no había ni una palabra para mí de parte de Manuela en aquellas cartas que mi madre se negaba siempre á enseñarme, diciéndome cuando la demostraba alguna desconfianza:

—Montpellier no está tan lejos. Vé á informarte por tí mismo.

¿Sabía mi madre que aquello era lo que más temía yo?

## XIV.

El trato de mi hermana era cada día más interesante y más necesario á mi vida. Se revelaba en ella un ser nuevo que salía de las turbaciones de la adolescencia sin que yo hubiese comprendido la crisis de su desarrollo.

Yo había visto en Manuela, que debía tener más experiencia, ese fondo de candidez y de frivolidad que caracteriza las naturalezas vulgares. Juana era todo lo contrario. Juzgaba con franco atrevimiento lo que no había experimentado, y quería penetrar y comprender. Su juventud y la pureza de su existencia no impedían la curiosidad de un espíritu tanto más activo cuanto que había estado mucho tiempo replegado en sí mismo. Aun no me había atrevido á interrogarla sobre el punto más delicado de sus pensamientos; pero un día la casualidad iluminó aquel punto misterioso.

Un día que nos paseábamos en el parque del

castillo de Pau, que es uno de los sitios más hermosos de Francia, Juana, que me daba el brazo, me señaló una joven que parecía un espectro. Estaba ésta con los ojos fijos, y sentada en un banco al lado de una mujer anciana no menos triste que ella y como olvidada de todas las cosas de este mundo.

—¿No es esa la señorita C.....?—dije á mi hermana.—¿Aquella compañera tuya de colegio que se volvió loca?

—¡Ah, sí!—respondió Juana.—¡Ya ves cuál es su estado! Su madre se muere de pena, y sólo quiere vivir hasta el último suspiro de la pobre Luisa. Figuremos que no las hemos visto, porque no quieren saludar á nadie y huirían de nosotros.

—¿Y se sabe la causa de esa demencia?

—Sí que se sabe—respondió Juana.—Es una historia de amor, si así puede llamarse. Luisa fijó sus ojos y se enamoró de un joven que ni siquiera lo ha sabido ni jamás ha pensado en ella. Llegó un día en que este joven se casó, y Luisa, al saberlo, cayó en ese estado de negra melancolía que poco á poco ha llegado á ser una verdadera demencia. Los médicos dicen que esta inclinación contrariada no ha sido más que el pretexto for-

tuito que una imaginación ya extraviada se ha dado á sí misma. Sin embargo, yo recuerdo haber conocido á Luisa, siendo niña, muy razonable y muy alegre. ¿Cuál es tu opinión?

—No puedo formar juicio no conociéndola.

—¿Pero crees que pueda llegarse á la locura á causa de un amor no correspondido é ignorado?

—Todo es posible en un cerebro débil. Basta para turbarle un capricho malsano.

Involuntariamente, al hablar así, se transportó mi pensamiento al tiempo en que siendo niña Juana y no creyéndose mi hermana, pretendía impedirme que me casara; pero no le dí parte de este recuerdo de un pasado probablemente olvidado por ella, como lo había sido por mí el día en que vimos nuestras actas de nacimiento.

Mas con gran sorpresa mía, Juana, ya porque sintiese la misma reminiscencia, ya porque estuviese impresionada con el doloroso encuentro de su amiga, me habló por primera vez de sus ideas sobre el amor.

—Pocas cosas en la vida me han hecho tanta impresión—dijo—como la insensata desesperación de esta pobre Luisa. Seguíamos teniendo algún trato, aun después de salir del convento, y me confié, sin que yo le diese gran importancia, su

predilección por el joven Louret, que es un muchacho que no tiene nada de particular. Cuando he visto que la razón de Luisa se extraviaba, y he sabido la causa, he hecho reflexiones que quizá no eran de mi edad, pues sólo tenía entonces quince años. Mamá debe acordarse, porque entonces le dije todo cuanto pasó por mi cabeza acerca de esto.

—Me acuerdo muy bien—respondió mi madre.—Mirabas el amor como una enfermedad del alma, y le tenías un miedo mortal, hasta el punto de querer hacerte religiosa para escapar de su influencia. Me costó mucho trabajo hacerte comprender que no se contraía esa enfermedad así como así, y que era muy fácil preservarse de ella, como se preserva uno de los males físicos por medio de un buen régimen y sanas costumbres.

—Y lograste curarme de mi miedo—dijo Juana;—pero no quitarme cierta repulsión que sentiría aún si el dios de amor en persona se presentase delante de mí.

—¿Y á qué llamas tú el dios de amor en persona?—dijo mi madre riendo, la cual interrogaba á Juana hasta en los asuntos más delicados, segura del immaculado candor de sus respuestas.

—El amor en persona—respondió Juana—es un fantasma muy peligroso. Los antiguos han he-

cho de él un dios porque divinizaban todo lo que temían, las furias, las pasiones y todos los peligros de la vida humana. Los modernos no son mucho más sabios en este punto. Me has permitido leer algunas novelas en las que he visto también divinizado el amor. Según los poetas, es un poder irresistible, y la monotonía de sus nociones ha acabado por desesperarme. Esas novelas y esas poesías me han hecho mucho bien, porque me han enseñado á razonar sobre un sentimiento del que las jóvenes hablan ordinariamente con infundado rubor, como si antes de experimentarle se sintiesen vencidas por él. Yo me he arriesgado á mirar frente á frente ese gran problema y he dicho al maligno dios: «Si eres un niño ciego y cruel, no me dominarás nunca. ¡Te desafío á que me hagas egoísta si yo no quiero serlo; y no quiero!»

En aquel momento pasaba una vendedora anciana que llevaba un cesto con figuritas de azúcar para los niños. Era una manera como otra cualquierá de pedir limosna, pues nos tendió la mano sin ofrecernos su mercancía. Juana le entregó una moneda, y cogiendo de entre las figuras un amorcillo con túnica color rosa que llevaba una tea en la mano, preguntó alegremente á la vendedora si aquel niño era *Amor ó Himeneo*.

—Ambas cosas á la vez—contestó la vieja.—Quedaos con él, bella señorita, y ¡ojalá os lleve la felicidad!

—Muchas gracias, dijo Juana.

Y le guardó en su bolsillo, donde muy pronto fué olvidado, pues encontramos á unos amigos que nos acompañaron el resto de la tarde.

Pero el capítulo del amor, casualmente interrumpido, fué casualmente proseguido al final de nuestra comida, pues buscando Juana una llave en su bolsillo, encontró la figurilla de azúcar y dijo colocándola sobre una naranja:

—Mira al amor, tirano del globo terrestre.

—¿Y persistes—la dije—en despreciarle profundamente?

—No se debe despreciar—me respondió—lo que antes se ha temido; pero se lo debe juzgar, y tengo gana de instruir el proceso de ese cupidillo.

—Vamos, ya estoy curioso por saber tu juicio.

—En primer lugar—replicó Juana examinando la figura—sepamos quién eres. ¿Amor ó matrimonio?

—Supongamos que soy el matrimonio—dije yo tomando la palabra por el problemático amorcillo.

—Si eres Himeneo, es muy diferente. Te supongo tranquilo, formal, bueno, tierno y cariñoso;

¡pero mientes! No eres un dios honrado y puro, sino el tonto y malvado Cupido; esa tea que parece un paraguas, tiene la pretensión de incendiar el universo. Pues bien, amigo mío, mira el caso que hago de tí. ¡Te destrono!

É hizo saltar en el aire al pobre hijo de Venus, que vino á caer en mi plato rompiéndose la nariz.

—Pero—exclamé yo—la vendedora ha dicho que ese era á la vez Cupido é Himeneo, es decir, el amor en el matrimonio.

—Falso; el amor no tiene nada que hacer en el matrimonio, que es la ternura, y no lo que nuestras novelas llaman el amor, es decir, el insomnio, los celos, la sospecha injusta, el dominio insoponible, todas las cosas malas, malsanas y estúpidas. Estáis destronado, señor amor, y mentís para que os vuelva á poner sobre la naranja; pero tenéis rota la nariz y voy á arrancaros las alas para que no hagáis más travesuras.

Y Juana mutiló á la figurilla con una especie de crueldad, riendo á carcajadas.

No pude menos de preguntarle por qué no se había casado con Vianne, que pensaba en todo como ella.

—¿Acaso está una obligada á casarse con aque-



llos de cuyas opiniones se participa? Pero tú, tú que hablas, ¿no piensas como yo?

—No, yo no hago esa distinción sutil entre el amor y la ternura.

—Entonces es cuestión de calificaciones. ¿Tú crees que el amor puede ser tierno?

—Y capaz del sacrificio.

—¿Y piensas que la ternura puede ser apasionada y violenta?

—Me confundes al hacer tantas indagaciones.

—Soy lógica. He pedido á Dios y á mi madre el secreto para ser dichosa, pues todos los niños quieren ser dichosos sin cuidarse de ser justos, y Dios y mi madre me han respondido: «Ser dichoso consiste en dar la dicha á los demás.» Reflexioné sobre esta teoría que mi madre sabía poner en práctica tan bien, y poco á poco, después de las inevitables caídas en el egoísmo natural, he conseguido mi objeto: «dar á los demás toda la suma de felicidad que esté en nuestra mano procurarles.» Es claro y sencillo, y desde que he tomado la costumbre de aplicar esta teoría á todas mis resoluciones, he notado una cosa, y es, que yo era muy feliz y no dependía de nadie mi felicidad. Así es que, me decida ó no á casarme, desafío al señor á quien yo quiera, á que me haga un re-

proche fundado, y le desaffo también á que me cause un disgusto que yo no le perdone inmediatamente.

—Arreglas el matrimonio á tu gusto, pero la experiencia de la mayor parte de casos te desmiente. Por lo mismo que hay tantos hogares turbados ó desgraciados, es necesario, al casarse, profesarse el mayor amor posible.....

—¿Como compensación? Estás equivocado. El amor, tal como le entiendes, es la principal causa de esos disturbios.....

—¿Pero me estás procesando á mí también? ¿Acaso sabes como entiendo yo el amor, si no te lo he dicho jamás?

Me volví hacia mi madre, interrogándola con la mirada si Juana estaba informada de mi aventura y hacía alusión á ella. La mirada de mi madre me respondió que Juana no sabía nada y discutía por el placer de discutir.

—Es necesario que convengas en que hay dos clases de amores: el de las almas grandes, que es grande y generoso como el que tú sueñas, y el de las almas vulgares, los caracteres débiles y las inteligencias sin desarrollo. Yo no soy bastante grande ni bastante fuerte para negar mi indulgencia á los que están presos en sus redes; pero

—La he amado como la ama sir Ricardo, con los sentidos.

—Pero, aun suponiendo que eso fuera cierto, sir Ricardo ha sabido siempre dominarse, y tú no.

—¡Es que yo tengo veintiocho años!

—Sí, pero si el señor Brundel no llega á tiempo, no sé lo que hubiera sucedido.

—No sé. El encanto espiritual de la pobre Manuela me dió un momento de vértigo entusiasta, y el entusiasmo no es sensual. Te juro que cuando sir Ricardo nos sorprendió, mis pensamientos no podían ser más puros. ¿Por qué no quieres admitir que yo tampoco hubiese sucumbido?..... La repentina llegada del señor Brundel me obligó á contraer un compromiso cuya sola idea me hubiese hecho estremecer una hora antes, como me hizo estremecer una hora después. ¡Ah! comprendía perfectamente que nunca podría amar con todo mi corazón á una mujer que dividiese el suyo, como Manuela, entre su protector y yo. Bien claro he visto que no podía separarla de él sin causar á uno y otro un dolor mortal. Así, pues, nunca amaré á Manuela para hacerla feliz ni ser yo feliz á su lado.

Mi madre guardó silencio un instante, y después replicó:

—Sin embargo, si yo te dijese que á estas horas está curada y te espera.....

—¿Será cierto?..... ¡No me ocultes nada!.....

—Si el señor Brundel te exhortase en nombre del honor á cumplir tu imprudente palabra.....

—Diría al señor Brundel que él tiene mucha más obligación de casarse con esa joven que yo, puesto que la ha hecho pasar por su mujer.

—¿Y si yo te dijera que te creo seriamente comprometido?

—¿Tú?..... Partiría en el mismo instante, pero con la muerte en el alma. Sacrificaría el reposo y la dignidad de mi vida á un instante de amor propio irreflexivo; pero si he de conseguir tu estimación á ese precio.....

Y sin poderme contener estallé en amargos sollozos.

Mi madre me rodeó con sus brazos y me dijo:

—Tranquilízate. Estoy contenta de tí, y no he de exigir tan cruel expiación. Manuela no está todavía completamente buena, pero ya está fuera de peligro. Ya no está bajo el imperio de la pasión que tú la inspirabas, y desea evitar su violencia, porque ha comprendido que podía haberle costado la vida. Se prosterna como siempre ante la bondad del señor Brundel, y éste..... se casa con ella.

—¡Ah!—exclamé saltando al cuello de mi madre;—ese acto le devuelve todo mi cariño.

Mi alegría era tan grande y tan espontánea, que mi madre no pudo menos de echarse á reír.

—Me perdonarás—dijo—que no te haya dicho este resultado que conozco hace quince días; pero quería asegurarme antes de que tu amor no era verdadero.

—No, madre mía, yo no puedo dar mi alma más que á una mujer como mi hermana ó como tú. ¿Qué quieres? no es culpa mía..... pero explícame lo que dice el señor Brundel respecto á mí.....

—Te devuelve pura y simplemente tu palabra, y no te escribe directamente porque yo he exigido que no hubiese explicaciones verbales ni por escrito entre las personas interesadas. Yo seré la intermediaria en esta cuestión, y como tal, estoy comisionada por sir Ricardo para preguntarte si ves con satisfacción su matrimonio con la señorita de Pérez.

—¡Oh, sí, sí!—exclamé con viveza.—Dile que le pido mil perdones por haber turbado la paz de su hogar y que jamás volveré á ver á su esposa.

—Él no exige semejante promesa, y me parece que está muy por encima de todo sentimiento celoso.

—¿Crees tú que la amaba cuando nos sorprendió?

—La amaba y la ha amado siempre, pero como un padre amaría á su hija. Sabía que su delicada salud había de resentirse mucho con la violencia de una pasión, y por eso la ha tenido siempre encerrada en su casa. Al casarse con ella, nada cambiará tal vez en sus relaciones. El matrimonio es una rehabilitación que sir Ricardo le ofrece y que ella acepta con alegría. Yo encuentro que ahora, como siempre, se ha portado como un caballero y ha hecho lo mejor que podía hacer, pues siente una verdadera afección por su pupila; y si hubiese en él algo de amor, su conducta hacia ella y hacia tí cuando creyó que os amabais prueba la superioridad de su carácter.

—Es un hombre digno de admiración; pero en toda esta novela cuyo desenlace anuncia sir Ricardo, no veo aparecer el misterioso personaje de su hija. ¿La conoces tú?

—Ya te hablaré de ella más tarde, pues por ahora no quiero pensar más que en nuestros proyectos. ¿Estás decidido á no separarte de nosotras?

—Yo sí; á menos que Juana se case y tenga la desgracia de disgustar al que se llame su dueño.

—Juana no ama á nadie por ahora; pero ¿acaso

no te agradaría á tí que encontrase un buen partido?

—Pues bien, no. Dirás que soy un egoísta, y yo te prometo que haré cuanto puedá por vencer ese mal sentimiento; pero figúrate, madre mía, el sueño de felicidad que podíamos haber realizado si un extraño no viniese jamás á colocarse entre nosotros.

—¿Y te parecería mejor que por dedicarse Juana á nosotros renunciase á la dicha de ser madre? Yo no pienso así, y por eso aspiro á casarla; pero no es ahora ocasión de hablar de esto. Bástete saber que por ahora no tenemos ningún proyecto.... Ya es la hora en que acostumbras á salir todas las noches; véte pronto, á fin de que vengas antes á reunirte con nosotras.

—No tengo gana de salir, y prefiero quedarme aquí si te parece.

—No; que es bueno que salgas después de comer, y entre tanto nosotras nos ocuparemos de algunas cosillas de la casa que tenemos que hacer. Luego nos reuniremos.

Yo no tenía gana ninguna de salir, pues cada vez me hacía más casero; pero tenía que ver á un enfermo y salí como las demás noches, aunque no fuí al café y volví más pronto que de costumbre.

Nuestra casa era, como ya he dicho, medio de ciudad, medio de campo. Estaba situada en un sitio magnífico desde donde se veía todo el pueblo. Tenía dos entradas; la una daba á una calle del pueblo y la otra al campo, teniendo que atravesar por este camino un sendero bastante difícil, por lo cual yo no le tomaba nunca. Sin embargo, aquel día le seguí, temiendo llegar demasiado pronto y estorbar á mi madre en sus ocupaciones domésticas.

La noche estaba muy oscura. En el momento de aproximarme á la puertecilla del jardín, ví que salía un hombre que dió dos ó tres pasos hacia mí, volviéndose luego en sentido contrario y perdiéndose en la obscuridad. Apreté el paso y me encontré entreabierta la puertecilla, que ordinariamente estaba cerrada por la noche. Penetré en el jardín y me encontré con Juana que iba hacia la casa lentamente y como absorta en sus sueños.

—¿Quién acaba de salir?—le dije.

—No sé—respondió.

—Estarías muy preocupada; porque un hombre ha debido pasar cerca de tí, y no es el jardín tan grande para que no le hayas visto. Acaba de salir en este instante.

—Sería el jardinero.

—No he podido verle bien, porque parecía huir de mí; pero no debía ser el jardinero..... Además recuerdo que el jardinero no viene por el lado que se ha ido ese hombre, y no habría dejado tampoco la puerta entreabierta.

—Si ha quedado abierta, vamos á cerrarla—dijo tranquilamente Juana.

Mi hermana estaba en uno de esos momentos en que no se preocupaba para nada de las cosas exteriores, y en que con tanta frecuencia la había ya visto los años precedentes; pero ahora, desde mi estancia allí, no la había vuelto á ver de aquel modo; así es que me impresioné tristemente. ¿Podía yo suponer que Juana tuviese un secreto para mi madre, ó que mi madre me hubiese engañado?

No me atreví á volver á hablar de aquel incidente, y esperé al siguiente día, prometiéndome observar á Juana.

## XV.

Al día siguiente, en lugar de bajar al pueblo, me paseé por los alrededores de nuestra casa. No ví á nadie, y oí casi sin interrupción el piano de Juana.

Quedé casi convencido de que había sido un visionario, y ya había olvidado esta aventura, cuando á los ocho días, estando una noche trabajando en mi habitación, me pareció oír ruido. Eran cerca de las doce, y todo el mundo acostumbraba á retirarse á las once. Temí que mi madre estuviese enferma, pues solía padecer ataques nerviosos, y nos lo ocultaba para no asustarnos. Quise sorprenderla para impedir que se encerrase sola, y bajé sin hacer ruido á su cuarto; pero de repente me detuve en el pasillo al oír un ruido de pasos ligeros y de palabras á media voz que partían del salón.

Entonces me dirigí hacia aquel lado. La puerta del salón no estaba cerrada, y por el resquicio que quedaba ví á Juana en los brazos de un hombre que estaba vuelto de espaldas, pero que me pareció por su figura sir Ricardo Brundel. Me repugnaba espiar á mi hermana, y subí precipitadamente á la habitación de mi madre. Ví que había luz; llamé y la encontré vistiéndose.

—¿Sabes—le pregunté—que hay gente en el salón?

—Sí; es una persona á quien no esperábamos esta noche, y que sin duda tiene algo interesante que decirnos.